

F. García González (coord.):
Castilla-La Mancha en la Edad Moderna.
Ciudad Real, ‘Almud’ ediciones de Castilla-La Mancha, 2004.

Hace quinientos años Castilla-La Mancha no existía. Quizás por ello lo primero que llama la atención al enfrentarse al libro que analizamos es su título: *Castilla-La Mancha en la Edad Moderna*. Permítasenos la osadía pero creemos que el mismo es sólo una pequeña licencia terminológica tras la cual se encuentra un meritorio intento de síntesis de historia regional que hace que, al final, leída la obra, el título sea lo de menos. Castilla-La Mancha no existía. Sin embargo, sí existían los territorios que la historia, el tiempo y los hombres han terminado por denominar Castilla-La Mancha y, de entrada, ese puede ser suficiente motivo para que un libro como el que comentamos tenga razón de ser.

Es sobradamente conocido que el apogeo de la historia regional en nuestro país tuvo su origen en la década de los ochenta. Ese “edificio” se construyó partiendo de dos pilares básicos: en primer lugar, la influencia de la historiografía extranjera (sobre todo francesa), puesta de manifiesto en el pretendido objetivo de construir una historia del territorio y de los hombres, alejada de grandes nombres y acontecimientos, que fuese “del sótano al desván”, que no olvidara nada ni a nadie y que al tiempo se mostrara capaz de conectar con otros lugares y tiempos semejantes a los estudiados.

Junto a ello, el otro punto de apoyo es, si así se quiere ver, más doméstico. Puede resultar tópico, o no tanto, pero lo cierto es que el crecimiento y consolidación de “nuestra historia regional” hunde sus raíces más profundas en los avatares políticos por los que pasó España en esos años, de tal manera que puede decirse que el nacimiento y posterior arraigo de lo que hoy denominamos como “Estado de las Autonomías” fue la pieza clave y fundamental en la construcción del posterior entramado investigador de muchas de las regiones españolas, entre ellas Castilla-La Mancha.

Podría hablarse largo y tendido acerca de si dicho proceso ha resultado beneficioso o no pero lo cierto es que, en lo referido a la investigación, los frutos no han tenido nada de triviales. Y no ha sido así porque los pilares sobre los que se asienta el siempre complejo “edificio” de la investigación han sido no sólo puestos sino además consolidados. Sobre todo en tres parcelas.

En primer lugar a través de un generalizado aumento de las investigaciones. El punto de partida fue puesto, precisamente en aquellos años, por historiadores hoy consagrados a los que la historiografía de nuestra región debe mucho: recuérdense a este respecto nombres como Donezar, Martín Galán,

López-Salazar, Matilla Tascón, Dedieu, Carrasco, Sánchez-González,... y un largo etcétera del cual sería muy complicado separarse para entender cómo se ha fraguado el conocimiento de la historia de las gentes de estas tierras. Tras ellos, y en gran parte debido también a su labor no sólo investigadora sino también docente, llegaron decenas de trabajos que, poco a poco y no sin esfuerzo, contribuyeron a forjar el armazón de ese edificio al que venimos haciendo referencia.

Ello ha sido posible gracias a que (y esta es la segunda gran parcela que puede destacarse) el número de investigadores también ha crecido. Claro está que en ello ha jugado un papel de suma importancia la creación y asentamiento de la Universidad de Castilla-La Mancha, soporte institucional de muchos de esos investigadores. Ahora bien, en absoluto sería justo cerrar esta pequeña parcela sin hacer mención a aquellos otros investigadores que fuera del circuito universitario también han contribuido (y en no poca medida) a construir ese edificio, archiveros y profesores de enseñanzas medias en su mayoría, gran parte de cuya labor no siempre ha sido lo suficientemente ponderada.

Sin embargo, de poco habrían servido los procesos arriba mencionados si sus resultados no hubieran visto la luz. Ese es el tercer gran pilar sobre el que se asienta la tranquila pero no menos atractiva evolución de la historiografía castellano-manchea: el aumento de órganos y medios de difusión. Y es que, desde mediados de los años ochenta del ya pasado siglo XX Castilla-La Mancha ha visto cómo el número de cabeceras y editoriales preocupadas por la disciplina histórica no han hecho sino multiplicarse.

Castilla-La Mancha en la Edad Moderna es un magnífico ejemplo de que los argumentos arriba explicados no son ni mucho menos abstracciones teóricas. Es cierto que la obra llega, o mejor dicho, llegó en un momento relativamente tardío con respecto a títulos semejantes en otras regiones de España. Pero no es menos cierto que en ella se conjuga casi milimétricamente lo dicho más arriba.

“Almud” —término de innegables connotaciones manchegas— da nombre a una pequeña pero ambiciosa editorial nacida con el objetivo de poner a disposición de un público amplio y exigente al tiempo, los conocimientos y las investigaciones que el creciente número de historiadores que trabajan en esta región están sacando de entre los legajos guardados en nuestros archivos. El libro, vigésimo cuarto de una colección que roza ya casi la treintena, es fruto por tanto, no sólo del interés comercial de dicha empresa sino también claro exponente de que los temas de carácter histórico han calado en nuestra sociedad.

El libro también es exponente de que esos investigadores a los que hacíamos referencia más arriba han creado escuela. Sus autores, en su mayoría castellano-mancheos (de cuna o de adopción) han sabido recoger a la perfección la herencia que los pioneros pusieron a su disposición. En otras palabras, han sabido recorrer los caminos por los que aquellos maestros comenzaron a transitar y lo han hecho de manera muy acertada.

Poco podemos decir de ellos que no digan sus propios textos. Baste con señalar que la nómina de autores que han escrito *Castilla-La Mancha en la Edad Moderna* es la mejor muestra de que las *gentes de historia* de esta región han sabido y saben aprovechar al máximo las oportunidades que el desarrollo de la historia regional pone a su disposición.

Finalmente, la obra que comentamos es clara muestra de que esa *historia regional* a la que hacíamos referencia al principio de estas líneas, no está ni mucho menos agotada ya que las oportunidades que dicho enfoque ofrece no están sino ligeramente esbozadas. Queda, por tanto, un largo y atractivo camino que recorrer porque son muchas las parcelas de estudio acerca de las que se nos llama la atención en él y que aún pueden desarrollarse.

Castilla-La Mancha en la Edad Moderna es un claro ejemplo de las ventajas que ofrece una historia regional correctamente enfocada. En poco más de trescientas páginas los autores del libro han sabido sintetizar como nadie el devenir histórico de los territorios que actualmente conforman Castilla-La Mancha en los siglos modernos.

Es cierto, como decimos más arriba, que dicho conjunto territorial no existía en los siglos modernos. Es cierto igualmente, que incluso a pesar de que podrían encontrarse numerosos nexos entre ellos, la diversidad jurisdiccional, territorial e incluso geográfica era enorme y que ello ha propiciado que, en ocasiones, el lector tenga que echar mano de la cartografía para no perderse en la maraña de lugares y demarcaciones (antiguas y actuales) a las que se hace referencia en el libro.

Sin embargo, la obra recoge lo esencial del pensamiento teórico historiográfico de la historia regional. Ya lo decíamos más arriba: lo pretendido era hacer una historia de los hombres y mujeres que, en el pasado, poblaron los territorios de lo que hoy es Castilla-La Mancha.

Para ello el coordinador ha optado por definir en el libro un criterio que no por

conocido deja de ser sumamente interesante. Básicamente, ese criterio es el que se asienta sobre los tres pilares de la historia regional “a la francesa”, a saber: análisis, comparación y relación y diálogo entre tiempos.

El análisis llevado a cabo en *Castilla-La Mancha en la Edad Moderna* parte de un enfoque temático y no cronológico. En el libro no hay nombres propios y si los hay ocupan un lugar secundario. De tal manera que puede decirse que el trabajo coordinado por Francisco García González es la historia de un espacio y de sus gentes. No es que en los territorios de la actual Castilla-La Mancha no se produjeran hechos de importancia en los tiempos modernos, ni que en los mismos nacieran y vivieran personajes de relevancia. Sin embargo, no era ese el objetivo pretendido. La principal meta era mostrar y definir los diferentes niveles del “edificio castellano-mancheño” en la Edad Moderna: desde el sótano al desván, como bien dijera Lucien Febvre.

Sótano representado por las instituciones y los órganos de poder y gobierno, perfectamente esbozados por José Cano, Ángel Fernández Collado y José C. Vizuet. Dván materializado en las formas de creer, de sentir y de afrontar la vida, tal y como nos ponen de manifiesto Fernando Martínez Gil, Ramón Cózar y Pedro Losa; y entre ambos, un amplio “primer piso” en el que tienen cabida las gentes y sus actividades, parcelas magistralmente definidas por el propio García González, por Ramón Sánchez González y Miguel F. Gómez Vozmediano o por Hilario Rodríguez de Gracia.

Sin embargo, la obra no sólo es análisis. También es comparación. Y lo es en un doble sentido. En primer lugar porque para lograr su cometido y llevar a buen puerto sus aspiraciones, la mayor parte de los autores que han escrito el

libro han recurrido al análisis comparativo entre las diferentes comarcas que constituyen lo que hoy es Castilla-La Mancha. En segundo término porque una vez terminada la obra, una vez leída y analizada, el lector puede darse cuenta de que es un perfecto instrumento para trabajar no sólo la Edad Moderna de territorios de la meseta sur sino cualquier otra región española, dado que el libro es perfectamente homologable en estructura a obras similares escritas para otras zonas.

Por último, *Castilla-La Mancha en la Edad Moderna* escenifica como pocas obras de sus características la relación y diálogo entre tiempos que debe presidir cualquier obra de este tipo. Porque la obra está enmarcada perfectamente en la Edad Moderna pero salvo puntuales casos no presta atención excesiva a las fechas concretas. Antes al contrario, prefiere abordar los procesos y no tanto los hechos. Y en ese afán, incluso a veces “traicionando” al propio título de la obra, los autores no se han ceñido a las fechas, no han sido subyugados por la “dictadura de la cronología” y han sido capaces de mostrar al lector que muchos de los procesos explicados en el libro hunden sus raíces más profundas en el Medievo y son firme base para otros que se originaron ya en la época contemporánea.

En definitiva, *Castilla-La Mancha en la Edad Moderna* es un buen exponente de ese tipo de obras de historia regional que deben y pueden aspirar (si es que no lo hacen ya) a superar el handicap de que toda obra de esas características solo tiene una clientela de tipo local y regional.

FRANCISCO J. MORENO DÍAZ DEL CAMPO
FACULTAD DE LETRAS DE CIUDAD REAL
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA